

LA biografía de Salvador Díaz Mirón nunca podrá incluirse en un volumen de *vidas ejemplares*. Tampoco se imprimirá con propósitos docentes, en un libro destinado a la enseñanza; a menos que la aproveche la didáctica superior, como los ejemplos negativos de las fábulas, para extraer de ella la lección de lo que no debe hacerse.

Al tratar de referir hechos deliberadamente consumados, no vale desvirtuar los impulsos que los motivan ni es posible pretender que se atenúen las circunstancias que los presidieron.

La calidad humana de Díaz Mirón no mejora si se omiten los episodios sangrientos; de igual manera que su fama no crece con la detallada enumeración de los "lances de honor" en que fué protagonista o partiquino, antes o después de ser ídolo del Continente.

El pedestal destinado al héroe, se queda a veces sin estatua, y en otras ocasiones el bronce está fundido en el crisol, antes de que la actitud perdurable llegue a definirse a lo largo de una existencia; porque para unos la muerte se adelanta, y para otros, arriba demasiado tarde.

Quien pretenda narrar verazmente la existencia de Díaz Mirón sólo podrá hacerlo si se decide a exponer con la necesaria objetividad cada uno de los pormenores. Los que trataron de asomarse a aquélla, en vida del autor, a falta de datos precisos, orillados a paliar lo indefendible, dijeron vaguedades sobre el poeta, para no hablar del hombre. Después, inversamente, se ha olvidado a aquél, y se ha puesto una morbosa complacencia en hacer la estadística de los encuentros personales en que resultó heridor o herido, si no ambas cosas. Aun hay cómputos de sus víctimas, con o sin exculpantes.

No por callarla, dejará de existir la verdad, que tampoco gana con repetirla a gritos. La acción del tiempo consiste en convertir en andrajo la púrpura que intentó ser tapujo y en suavizar, a la vez, la arista de un ademán violento. El sitúa a un hombre al lado de otros, y da a todos la perspectiva indispensable para apreciar las figuras en conjunto.

Se comprende mejor a Díaz Mirón, el hombre, cuando se le observa no sólo en su tiempo sino dentro de su siglo: aquel XIX, todo él romántico; enfermo, con irremediables recaídas, del "mal del siglo".

Para el intelectual, para el poeta especialmente, sólo hay entonces dos modelos, entre los que deberá elegir el que adopte para uso personal: Byron el rebelde; Hugo el soñador. El hecho de preferir al primero, no invalida la devoción hacia el segundo.

Díaz Mirón, que cantó a uno y otro sucesivamente, pudo admirar al retador incrédulo y repetir, con el segundo, "La oración por todos"; pudo conciliar su iracundia de duelista inveterado con su emoción ante las manos, piadosamente unidas, del poeta francés que alzaba su voz contra la pena de muerte. Ese contraste cabía en el título del proyectado tomo de versos de Díaz Mirón: "Melancolías y cóleras".

Para el poeta mexicano en el atardecer del romanticismo, como para el poeta inglés de su alborada, el camino más corto hacia la popularidad, tenía que cruzar la plazuela del escándalo: su resonancia medía la altura del genio.

La juventud de Díaz Mirón desdeña otros cartabones.

A lo agresivo —individual, no colectivamente, del mexicano—, más entonces que ahora, el trópico añade la irritación del cli-



DÍAZ MIRÓN,

EL HOMBRE NEGATIVO

Y

CONSTRUCTIVO

Por Francisco MONTERDE

ma; la jactancia del pavorreal, lo insolente de la voz que es grito aun en la confidencia. El duelista, sin rivales que se le enfrenten, se convertiría en loco. Díaz Mirón fué periodista. La psicosis del último cuarto de siglo, en España y, por mimetismo, en Hispanoamérica, se llama "duelo". Desde los días de Larra, y aun antes, los hombres se baten, y matan, por cualquier motivo, y a veces sin él. Periodista es sinónimo de duelista: a una alusión, aun velada, se responde con un guantazo al que siguen dos espadas o dos bolitas de plomo, que se cruzan. (A veces, un periodista muere en duelo, por defender una frase que no ha escrito; y el que la escribió ignora que aquél va a batirse por defenderla. Cuando llega a saberlo, ya hay una tumba abierta entre él y la familia del defensor que murió sin abrir los labios.)

Díaz Mirón no representa lo excepcional, en su ambiente y en su tiempo: es sólo un exponente, un síntoma, un instrumento de esa forma elemental de justicia directa; pues donde la indirecta no existe, cede el paso a la venganza.

Pesa aún mucho el tradicional concepto del "vengador de su honra" calderoniano; y la honra, consecuencia del honor intocable, tiene abundantes vengadores dispuestos a satisfacerla.

Todo ello explica, si no justifica, el primer arrebato de Díaz Mirón: irreprimible duelista, más tarde, por el complejo que en él creó su brazo que pendía inútil. La atrofia de un miembro aumenta la eficacia de otro; más aún, cuando lo prolonga un revólver.

Otro aspecto negativo que deberá estudiar el futuro biógrafo de Díaz Mirón, es el que se refiere a ese acatamiento a los dictadores, inexplicable en un paladín de la libertad y la democracia.

Díaz Mirón, altivo en el Congreso, ante el general Manuel González, hasta convertirse,

cuando la "Deuda inglesa", en ídolo de las multitudes que en él ven al paladín de la Libertad —con mayúscula— en América, se muestra sumiso ante el general Porfirio Díaz; aliado de su segundo —Ramón Corral—, aviva el odio contra un posible sucesor de aquél: el general Bernardo Reyes, y sus partidarios entusiastas, a quienes identifica el rojo clavel en la solapa.

Más tarde, liberado por la Revolución mexicana, que encendió Francisco I. Madero, y recuperadas, con la libertad, curul y docencia, olvida eso para servir de vocero oficial al usurpador Victoriano Huerta, ante el que riega laureles y quemando incienso en *El Imparcial* — que no lo era.

La gratitud hacia el primero —a pesar de que en la cárcel de Veracruz le mantuvo aislado de la lucha política en un cuatrienio decisivo— no explica la ingratitud hacia Madero ni las adulaciones a Huerta.

Sólo un resorte: el de su orgullo, reacciona a favor de éste, cuando los demás lo detestan y abandonan. Tal actitud —resuelta— quizás dé la clave para interpretar las otras.

Díaz Mirón fué siempre caudillo de mi-

norías, al defender la libertad y la democracia y cantar al proletario —él introdujo la palabra en la lírica—, cuando la libertad, la democracia y el proletario no tenía aún defensores en México.

Es, como individualista exaltado, un partidario decidido de la minoría, de sí mismo — porque la minoría es, en resumen, él, el poeta Díaz Mirón, que está solo, aislado en su orgullo.

Defiende al general Díaz y apoya a Corral cuando — aunque no lo diga presente que se van a quedar solos —con él—, que el mecanicismo reeleccionista se ha oxidado y el solio del dictador tiene anchas cuarteaduras.

Cuando la Revolución es mayoría que defiende libertad y democracia, la abandona porque se siente solo con la minoría que es Huerta —y él: Díaz Mirón— que solo, y orgulloso, se marcha tras aquél —también solo— al destierro.

El retorno a la patria, apaciguadas las pasiones, lo dejó, aislado, orgulloso, en su patria chica, hasta la llegada de la muerte, que también lo encontró allá, orgulloso y solitario.

El biógrafo desprovisto de pasión partidaria, podrá hallar algunos aspectos positivos y aun constructivos, en la vida de Díaz Mirón que, a pesar de su hipertrofiado yo, no fué un egoísta.

Si en las relaciones familiares su ancianidad tiene posibles puntos de contacto con la del Sófocles de la leyenda de *Edipo en Colona* —por las disputas en que el tirano doméstico impone su voluntad finalmente—, en lo conyugal, Díaz Mirón, patriarca, se supedita al marido, como Díaz Mirón, hijo, probó la devoción al padre, no sólo con sus poesías —"Duelo", "El muerto"— sino al conservar unidos los apellidos paternos, a los que dió lustre en las letras, como el poeta Manuel Díaz Mirón lo deseaba.

Díaz Mirón, hombre de familia única, sin bastardías vergonzantes, cumple con lealtad la fe jurada a la adolescente a quien raptó —según murmuración local—, y con quien, al casar en 1882, cuando inicia la resta de años el hombre de 29, funda un hogar que respeta. Compáresele, en este as-

pecto, con su voluble coetáneo Gabrielle D'Annunzio.

Lo fugaz en amoríos —“Tirsa” y la desconocida que acepta el reto de “Engarce”— no trasciende más allá de lo literario, ni enturbia la existencia de la esposa, Genoveva Acea, que muere rodeada de hijos e hijas, a fines de 1913.

Tampoco, a pesar de esa “coquetería senil” que le hacía aumentar la resta de los años y mantener perpetuamente sombríos melena y bigote, hubo en su ocaso hogueras eróticas —al menos, reveladas—, de esas que hacen enrojecer a los viejos ante los jóvenes.

Su ancianidad no fué, a pesar de ello, serena. El hecho de aparentar un lustro menos de los que suma, le obliga, casi ya sexagenario, a intentar aquella aventura grotesca de 1910: perseguir al depredador de Acayucan, el rebelde —y por esto, rival de su orgullo de estirpe localista— Santa Anna Rodríguez.

El anecdotario de Díaz Mirón, que a veces desfigura la realidad más que ilustrarla, ha recogido sólo un aspecto, el de mofa, de la opinión; el burlesco: el lado cómico del *Quijote*. Las burlas apedrean con epigramas a Díaz Mirón, como los galeotes al pobre hidalgo caído; pero únicamente a solas con su orgullo, pudo soportar, más que aquel episodio supuesto de los vegueros dedicados por Santanón al poeta que lo perseguía, las

fatigas —pesado ya el vientre, acortada la vista—, al ir semanas enteras en pos del hombre anguila que se le escapaba entre los dedos, bajo un cielo impasible, como en sus poesías, sintiendo, honda, la herida en su orgullo.

El poeta que había probado su desinterés —aparte las razones de publicidad— al ceder, a cambio de una biblioteca para el Colegio Preparatorio de Jalapa, la edición de *Lascas*, la confirmó con otros rasgos semejantes.

Anciano ya desdeña, por inaceptable para él, la pensión que el Congreso acordó concederle, pues aún podía —según dijo— ganarse la vida con su propio esfuerzo. Declinó, también, otros honores, como el homenaje nacional varias veces anunciado, que aplazó indefinidamente.

A pesar de esa orgullosa actitud, no poseía más bienes que “unas casucas” y la “Quinta Rosa” de Jalapa: su honradez salió sin caudal del río revuelto de la política, y meses antes de enfermar de muerte, aún dirigía el Colegio Preparatorio de Veracruz. En sus clases, tenía que someter a la disciplina a futuros cadetes: uno de los estudiantes recibió del temible anciano el último golpe, el cual provocó la huelga que le costó la dirección y amargó su ocaso; pero muchos otros alumnos recuerdan que el

profesor benévolamente suprimía alguna nota mala que equivalía a la privación del asueto semanal.

Por tal complacencia afectuosa; por aquellas charlas sinceras —no repetición de disco—, en las que el actor, intérprete de su propia fama, dejaba paso al hombre, el recuerdo de éste sobrevivió, no sólo al amparo de sus poesías que han bastado para redimirle.

Hombre contradictorio, Díaz Mirón reservó siempre, como epílogo, una sorpresa, y el interlocutor, aun siendo amigo suyo, no sabía si una discusión entre ambos iba a terminar con un disparo de revólver o con una conciliatoria carcajada.

Díaz Mirón comparte, no sólo con los demás poetas iniciadores y continuadores del modernismo, los rasgos por los cuales se distingue entre los mexicanos de su tiempo.

Algunos de esos rasgos característicos: el orgullo —que Santos Chocano amplificará, en el Perú—; la rebeldía y el desdén hacia los poderosos —que en José Martí serán estimulantes virtudes, con la reacción reprobatoria ante las injusticias—, en realidad exaltan mucho de lo que, desde los siglos de oro, perteneció al patrimonio común de la raza: aquello que pasó de los filósofos hispanos a sus discípulos, y de éstos al pueblo de las dos Españas.

(Viene de la pág. 2)

\$10,000 importando la inversión por este concepto, dos mil cuatrocientos millones de pesos, sin contar la posibilidad de instalación de bombas para inyecciones a presión, en cuyo caso el presupuesto se vuelve también excesivo y todo para que el subsuelo reciba una corta cantidad de agua.

Estudiemos ahora el comportamiento de los pozos. Uno de ellos se perforó en el fraccionamiento San Antonio Azcapotzalco, en la calle de Acatl cerca de la esquina con la calle Zentotl. Se tomaron muestras intactas por medio de un dispositivo especial diseñado por nosotros y los cartuchos que contenían las muestras, fueron desatornillados del barretón de perforación, para ser atornillados sin tocar siquiera la muestra, a los permeámetros múltiples, también diseñados en el Instituto de Geología; para hacer las determinaciones de permeabilidad que habrían de indicarnos cuándo tendríamos capas en las cuales debería inyectarse el agua. La permeabilidad mayor fué de 0.001192 en una capa de 3.5 m. de espesor, localizada entre 27.50 y 32.0 m. de profundidad y la perforación se detuvo al comprobar que abajo de esta capa, se encuentra una arcilla prácticamente impermeable, pues dió 9 x 10.11 de permeabilidad.

Posteriormente el Sr. Eduardo Schmitter, Jefe del Departamento de Petrografía del Instituto Geológico, hizo un estudio muy interesante de estas muestras, con un análisis sedimentológico y determinaciones de limonita, magnetita y CaCO_3 en

LAS INYECCIONES DE AGUA EN EL SUELO DE LA CIUDAD DE MEXICO

cada muestra. Sus conclusiones revelan, que si se quiere conocer el subsuelo, habrá que estudiar las capas, partiendo de muestras genuinas y hacer las investigaciones que el citado Instituto ha realizado en ellas; pero teniendo un buen número de cortes de pozos. En esta amplia labor se requeriría la cooperación de aquellos investigadores que han aceptado que sin buenos estudios del subsuelo, no se podrán resolver los problemas que presenta el hundimiento de la ciudad.

Una vez que el pozo quedó listo, se empezó a inyectar agua, proveniente de un pozo profundo, con cementación hasta 150 m., habiendo determinado los niveles freático y piezométrico, establecidos a las profundidades de 2.05 y 23.6 m. respectivamente. El diámetro del pozo fué de 0.356 m. (14 pulgadas). Se inyectaron 10 litros por segundo durante 24 horas y después se redujo el gasto a 3 lps. durante otras 24 horas, al cabo de las cuales el pozo no admitió más agua. Entonces, se prolongó el tubo del pozo, hasta tener 6.20 m. sobre la superficie del terreno, o sea 29.8 sobre el nivel piezométrico y volvió a admitir un gasto de 3 lps. durante una semana, al término de la cual el gasto se mantuvo constante con un nivel piezométrico también constante, 15.4 m. superior al primitivo.

Previmos que el agua inyectada recirculaba y que el sello del pozo alimentador no fuera lo suficientemente efectivo para garantizar el aislamiento de las capas poco profundas. En todo caso fué evidente que nos encontrábamos en una zona de influencia de numerosos pozos y que el agua inyectada era tomada por los pozos vecinos. Para averiguar la conexión que pudiera existir empleamos fluoresceína; pero el cambio político de régimen, nos privó de medios de verificar las pruebas.

Resulta poco satisfactorio que se inyecte agua del subsuelo al mismo subsuelo y no hay ninguna ganancia para la cuenca, cuando se toma agua de Xochimilco, es decir de una parte del subsuelo de la cuenca, para inyectarla en otra parte de la misma cuenca, como es el subsuelo de la ciudad. Lo que se hace, es simplemente devolver lo que se toma, solamente que con pérdidas de potencial acuífero. Por otra parte, el agua que se inyecta, la toman los pozos inmediatos al de absorción, por lo que sería mejor dar esa agua a los usuarios, en las tuberías de distribución y no dárselas por medio de los acuíferos, donde tienen que bombearla, haciendo gastos que se pueden evitar. Si se trata de inyectar el agua de las lluvias, ya vimos el panorama que se presenta y al respecto, no es ocioso hacer otras consideraciones.

Se pretende exigir a los propietarios de ciertos predios que instalen aljibes y perforen pozos de absorción. En una superficie de 500 m². se reciben al año 332 m³. que repartidos en los 137 periodos de lluvias, que tienen una duración media de dos horas, dan un gasto hidráulico de 7 lps. y un gasto medio anual de un centésimo de litro por segundo. Júzguese lo que esto significa, cuando de los pozos ordinarios perforados se bombean generalmente más de 10 lps. Por otra parte quien toma más agua del subsuelo, es el propio Departamento Central y ya vimos que está descaminado pretendiendo inyectar agua en el subsuelo de la ciudad.

Ultimamente el Ing. García Quintero, informó a la prensa que se inyectaría el agua de los ríos y arroyos que circundan la capital. Es de desearse que no se olvide que para que los pozos de absorción sean efectivos, se requiere una localización basada en buenos estudios del subsuelo. La geología subterránea ha avanzado mucho en las últimas fechas y sería deplorable que se perdiera la oportunidad de hacer de ella una eficaz aplicación.

Sin la correcta correlación de las capas por medio de estudios estratigráficos, geofísicos y paleontológicos, y sin un adecuado conocimiento del comportamiento de sus materiales, desde los puntos de vista hidrológico y de la mecánica de los suelos, no será posible resolver acertadamente la importantísima cuestión de salvar a nuestra capital de los lamentables efectos que son consecuencia de su constante hundimiento.